

EDITORIAL

OFRENDA.-EN EL AÑO CENTENARIO DE LA INMACULADA

AL proclamar Pío XII el año centenario de la definición dogmática de la Inmaculada en su encíclica *Fulgens Corona Gloríae* (8 septiembre 1953), no se ha limitado a exhortarnos a conmemoraciones piadosas y actos solemnes de culto, sino que, fiel a su magisterio eminentemente social, ha querido que el Año Mariano deje una profunda huella en la divulgación y en las realizaciones de la luminosa doctrina social de la Iglesia.

Precisamente la nota de nuestra doctrina social cristiana es la *integridad*, sin la que carecería de la *verdad*, esencial a toda auténtica solución. Y esa integridad le hace ver en los problemas sociales raíces profundas y consecuencias remotísimas que escapan generalmente a los empíricos y pragmatistas. A esa integridad corresponde el estudio de los fundamentos teológicos y del aspecto religioso-moral de las más candentes cuestiones de nuestros días.

Asociar, pues, el dogma de la Concepción Inmaculada de María, Madre de Dios y Madre nuestra, a las rectas soluciones sociales no es un simple acto de piedad sentimental, ni un recurso extrínseco al fervor religioso de los creyentes, para mover su corazón a generosidad en favor de las clases socia-

les más débiles, sino que es una estricta exigencia intelectual, nacida de un nexo real y objetivo entre las cuestiones sociales y las verdades que el dogma de la Inmaculada proclama.

El dogma de la Inmaculada supone el del común naufragio del género humano en el pecado original, y hace referencia también a la doctrina entera del pecado, en esencial conexión con la naturaleza inteligente, libre y responsable del hombre. Pues ¿quién no ve en esta doctrina el fundamento último de los males sociales y de los problemas terrenos? Ciertamente, son hoy muchos los que no quieren verlo; el mismo Sumo Pontífice ha denunciado como una de las características del pensamiento contemporáneo el olvido de la doctrina del pecado. Pero el pecado está ahí, está aquí, entre nosotros, dentro de nosotros, como cáncer devorador, cebado como nunca en las carnes de esta pobre humanidad, que en vano procura ocultar entre las gasas y vendajes de exquisitos tratamientos locales las piltrafas de sus entrañas corroídas por la *incredulidad*, la *sensualidad* y el *egoísmo*.

* * *

La *incredulidad* en primer término. Ya en su primera encíclica, *Summi Pontificatus*, de 20 de octubre de 1939, denunciaba Pío XII el agnosticismo religioso y moral como "la raíz profunda y última de los males que deploramos en la sociedad moderna". "Cuando se reniega de Dios, se siente sacudida toda base de moralidad, se ahoga, o al menos se apaga notablemente, la voz de la naturaleza, que enseña, aun a los ignorantes y a las tribus no civilizadas, lo que es bueno o malo, lícito o ilícito, y hace sentir la responsabilidad de las propias acciones ante un Juez supremo."

La cuestión social, decía ya entonces el Papa, no es exclusiva, ni siquiera predominantemente económica, "porque

si es verdad que los males que aquejan a la humanidad actual provienen en parte del desequilibrio económico y de la lucha de intereses por una distribución más justa de los bienes que Dios ha concedido a los hombres, como medios de sustento y de progreso, no es menos verdad que su raíz es más profunda e interna, pues toca a las creencias religiosas y a las convicciones morales, pervertidas con el progresivo separarse de los pueblos de la unidad de doctrina y de fe, de costumbres y de moral, en otro tiempo promovida por la labor infatigable y benéfica de la Iglesia". Y lo que se dice de la cuestión social en la vida interna de la mayoría de las naciones se aplica con tanta o mayor verdad a las relaciones internacionales, en constante conflagración o amenaza de guerras cada vez más destructoras y crueles. Por eso podía concluir sentenciosamente el Pontífice, entre los primeros estallidos de la apenas pasada guerra mundial, lo que nosotros podemos repetir entre los siniestros vaticinios de una nueva guerra: que "las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo".

La incredulidad allana el camino a la inmoralidad y, singularmente, a esa forma que en el lenguaje popular acapara el concepto de lo deshonesto e inmoral: la *sensualidad* y la lujuria.

Los sociólogos suelen reparar poco en esta raíz corrompida de los males humanos. Los médicos saben más de esto, pero no acostumbran a mirarlo sino desde un punto de vista sanitario. La Iglesia sabe mucho de este mal, que no sólo acarrea la ruina de los individuos, sino de las familias y de las naciones, y no cesa de amonestarnos. ¡Qué ingente labor la de los últimos Pontífices para salvaguardar la vigorosa pureza de la juventud, la santidad del hogar y la fecundidad de los pueblos!

En estos mismos días recordaba *L'Osservatore Romano* (7 febrero) la doctrina de las encíclicas *Divini illius Magistri* (de 31 diciembre 1929) y *Casti Connubii* (31 diciembre 1930), de Pío XI, a propósito de la condenación de un libro reciente, especialmente peligroso por el sentido formativo que parece le han querido dar su autora y la colección a que pertenece. "Es éste un terreno sobre el cual la educación de la opinión pública, su rectificación, se impone con una urgencia trágica", decía Pío XII en un importantísimo discurso a la Asociación de Padres de Familia franceses el 18 de septiembre de 1951.

La experiencia universal y constante de los hombres más prudentes y el testimonio de la Historia, maestra de la vida, aseveran esa interdependencia recíproca entre la corrupción de costumbres y los grandes cataclismos humanos, de manera que no sólo actúan éstos como causa de perversión, sino que son también a veces consecuencia, al menos parcial, de las costumbres depravadas.

Pues ¿qué diremos del *egoísmo*, en su doble forma de ambición de poder y de riquezas? Que en este espíritu de codicia y de soberbia se halle la raíz de todas las contiendas humanas, tanto de las luchas sociales como de las guerras entre naciones, es cosa tan clara que no necesita apenas amplificación. La supervaloración de lo económico, tanto en las clases poseyentes como en las desheredadas, es la que ha exacerbado la lucha por la posesión o la conquista de las riquezas materiales, convertidas prácticamente en falsa deidad prometedora de la felicidad suprema. Y el ansia de poder material y de dominación galvaniza las fuerzas de los que se proclaman redentores del proletariado con tanta o mayor intensidad que la de los países capitalistas.

* * *

En contraste, suavísimo y sublime a la vez, con este mundo de miseria y de pecado se levanta la imagen sobrenatural, purísima y humildísima de María, María Inmaculada, llena de gracia, Virgen y Madre, esposa del humilde artesano de Nazaret, no es sólo un símbolo: es también el modelo perfecto de todas las virtudes naturales y sobrenaturales que Dios ha plasmado en una pura criatura y ofrecido a la imitación de todos los hombres, para que los pobres desterrados hijos de Eva no carezcan de la dignidad, atractivo y calor de otra madre que es al mismo tiempo Madre de Dios; es, sobre todo, por esta su dignidad incomparable, la Mediadora de todas las gracias, en íntima unión y dependencia con su Hijo Santísimo Jesucristo, el Mediador esencial entre Dios y los hombres, quien, lejos de ver disminuídas sus prerrogativas por la participación del poder que otorga a su Madre, se complace en honrarla y enriquecerla con la esplendidez de su omnipotencia y la generosidad y ternura de su Corazón.

Para destruir o combatir esos estragos de la incredulidad, la sensualidad y el egoísmo, María nos ofrece el ejemplo incomparable de su *fe*, de su *pureza* y de su *caridad*.

De su *fe*, primero. "Beata, quae credidisti"; "dichosa tú que creíste, porque tendrán cumplimiento las cosas que te han sido dichas de parte del Señor", proclama Santa Isabel al recibir la primera visita de su prima, hecha ya la Madre de su Señor.

De su *pureza*, después; pureza virginal incomparable de la Reina de los Angeles y Esposa del Espíritu Santo.

De su *caridad*... Aquella su caridad, de delicadeza femenina y ternura materna, que nos ha dejado en la fragancia exquisita y el sabor confortante del vino milagroso de Caná de Galilea el símbolo más expresivo y sencillo (tan

distinto del opio...) del influjo de la religión en las almas.

Sí; el mundo ha de avanzar en la solución de sus problemas individuales, sociales e internacionales bajo el signo, la luz y el calor de la fe, la pureza y la caridad, simbolizadas, ejemplarizadas y hechas eficaces en María. Por eso, lejos de creerlo impropio de este lugar, nos complacemos en repetir aquí la bella oración compuesta por el Padre Santo para este Año Mariano: "¡Oh, límpida Fuente de fe! rociad nuestras mentes con las verdades eternas. ¡Oh, Lirio fragante de toda cristiandad!, embelesad nuestros corazones con vuestro celestial perfume. ¡Oh, Triunfadora del mal y de la muerte!, inspiradnos un profundo horror al pecado, que hace al alma detestable a Dios y esclava del infierno." Y expresamos con el Papa nuestra esperanza de que en el nombre de María, "que resuena armonioso en los Cielos, los hombres se reconozcan como hermanos y las naciones como miembros de una sola familia sobre la que resplandezca el sol de una paz universal y sincera".